

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 1º DE SETIEMBRE

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El marimbero

A OCTAVIO JIMÉNEZ A.

EN verdad que hay vidas tristes que están tendidas entre el nacimiento y la muerte, lo mismo que una hebra de dolor entre el huso y las tijeras de las Parcas, y esta de Elías Pizarro es una de ellas.

Elías Pizarro, el muchacho de Filadelfia, la pintoresca población a orillas del Tempisque.

Elías, como el profeta judío que fué arrebatado a los cielos en un carro de fuego y Pizarro, como el atrevido conquistador de los Perús. Pero ante la mísera figura, uno se preguntaba por qué le tocara un nombre evocador de fuerza. Elías Pizarro era pequeño, canijo; la cabeza ridícula con un germen de nariz en medio rostro; ojos extraviados, labio leporino con división en la bóveda palatina, lo cual unido a lo caprichoso de sus fosas nasales lo hacía emitir una voz tan ridícula, que al oírlo por primera vez, los niños y las gentes torpes se echaban a reír como si sintieran que aquella voz les hacía cosquillas en el oído. Su inteligencia era clara y el destino dejó perdido en este espíritu un inmenso deseo de alegría y de amor que me hacía pensar en unas castañetas y en una flauta de plata abandonadas en el rincón de una choza miserable.

Desde niño la burla zumbó en torno suyo implacable y tenaz. Chiquillos y viejos y hasta sus propios hermanos, punzaron siempre sin piedad sus deformidades. Y quién sabe qué imaginación cruel, impresionada por la falta de nariz—admirículo indispensable en la faz humana para disimular la calavera que se esconde bajo la piel—dejó caer sobre la triste figura el mote de *naricetas* con que se le conocía en la vecindad y en los pueblos del contorno.

Pero yo, que cuento parte de su vida, no quiero usar nunca para evocar su memoria este apodo de burla, y me complazco en olvidar su cabeza ridícula, su voz deforme, y me asomo por sus ojos extraviados para contemplar

con amor al artista, al marimbero que se ocultaba dentro de tan infeliz apariencia.

El pobre Elías Pizarro amaba lo bello y lo fuerte y su mirada estropeada se iba tras las buenas mozas sin lograr alcanzarlas. Las palabras de amor expiraban en sus labios convertidas en muecas.

Como era tan debilucho y enclenque, no pudo ser sabanero para lazar toros salvajes en carrera loca, ni lucirse en las fierras, ni galopar por las calles de la villa en los días de pago, con unos cuantos tragos en el buche, espoleando con los talones los ijares de la bestia, contemplado por las morenas muchachas de ojos muy negros y dientes muy blancos.

En más de una ocasión diérale envidia oír entrar por las noches en la casa paterna, de vuelta de la faena, a sus hermanos—apuestos mancebos de piel aceitunada—pisando con orgullo inconsciente el suelo con el desnudo pie y chasqueando los flecos de cuero, adorno de las botas de los sabaneros, que suben hasta el muslo.

Elías Pizarro era el mejor marimbero de muchas leguas a la redonda.

La música de su marimba fué quien logró que el prójimo se reconciliara con su fealdad y hasta la olvidara a ratos.

Su marimba fué su amada y su amiga, ella fué quien ahuyentó la burla de su lado en más de una ocasión, e interpuso entre Elías Pizarro y el aguijón de las bromas torpes, su velo de armonías.

Toda su ansia de alegría encarcelada en su cuerpo desgraciado, todo su anhelo de belleza y de amor, toda su desoladora tristeza, encontraron en su marimba un medio de expresión. Por medio de ella lograba dar voz a la angustia y a la ternura que se quemaban dentro de su corazón, y a los sentimientos que le producía la contemplación de la naturaleza.

Caían los bolillos sobre el teclado, a

veces cual piedras lanzadas por mano furiosa contra la quietud de un remanso, y al punto saltaba la música en lamentos y todo lo aspergeaba de dolientes melodías; a veces lo rozaban apenas, lo mismo que el ala de las garzas la superficie del río a la hora en que el crepúsculo va ungiendo el paisaje de paz. O bien cantaban el hondo deseo de sentirse amado; de pronunciar la palabra tierna que trata de posarse en el oído adorado con la levedad de la mariposa sobre una flor; o describían el beso del amante que posee o la desesperación del hombre despreciado.

Además, Elías Pizarro sabía fabricar marimbas. Nadie como él para dar a la caoba o al laurel macho aquella sonoridad de fino cristal que vibraría al golpe leve de una gota de rocío.

Le gustaba trabajar sus marimbas por las tardes: en el invierno se retiraba en un rincón de la gran cocina de la casa paterna y labraba las teclas mientras las llamas danzaban sobre los leños del hogar y el río desbordado pasaba mugiendo; en el verano se sentaba embebido en su labor, bajo el añoso genízaro que sombreaba la entrada y entre cuyo follaje gris el viento murmuraba cosas misteriosas y dulces.

Y el corazón se sentía inundado de una inefable emoción, al contemplar aquella pobre cabeza inclinada con amor sobre las teclas, probando su sonoridad hasta hacerlas dar la nota deseada, transparente, pura. Cada uno de los pedacitos de caoba sería fina copa en donde el misterio de la música rebosaría y se derramaría, tal un mágico licor que embriagaría las almas y pondría ritmo en los más groseros pies.

El mismo había plantado en el patio de su casa unas semillas de jícara traídas de Nicaragua, e hizo una hermosa barbacoa para que la planta se extendiera a su antojo. Los frutos largos, casi cilíndricos, pendían bajo la enramada. Los jugos de la tierra los henchían, el sol endurecía la cáscara e iba dorando los morenos vasos. Elías escogía los que le parecían más a propósito y los otros los dejaba para que la madre enriqueciera la vajilla de la casa. Una vez despojados de la